

DIFICULTADES DE LA DICCIÓN CASTELLANA

NOTAS DE CRÍTICA OBJETIVA—NEOLOGISMOS Y BARBARISMOS

Según el diccionario de la Real Academia, tenemos dos cosas que se denominan *rótula*; una de ellas es el trocito de masa de ingredientes farmacéuticos para hacer una pildora, y la otra es un hueso de la articulación de la tibia con el fémur. Debe agregarse, entre algunas otras acepciones, la *rótula* de los mecánicos, que es una articulación por la cual dos piezas especialmente enlazadas, toman diversas posesiones en derredor de una tercera que es la *rótula*.

Las voces *curtimbre* y *curtiembre*, por *curtiduría*, son de uso constante en todos los países hispanoamericanos. En las Apuntaciones Críticas de Cuervo se citan esas voces nada más que para enseñar que la primera es preferible a la segunda, pero no sabemos si el eminente preceptista da a *curtimbre* el sentido de *curtiduría* o, como lo hacen algunos diccionarios, el de *curtimiento*. El de la Real Academia no tiene *curtimbre* ni *curtiembre*, sino *curtiduría* y *curtimiento*.

Figura ya en dicho léxico el verbo *vulcanizar*, «combinar azufre con la goma elástica para que ésta conserve su elasticidad en frío y en caliente»; pero faltan *vulcanización* y *vulcanizador*, voces constantemente usadas en la literatura industrial y comercial del mundo hispano.

Así mismo es frecuentísimo hablar del *kilovatio* como unidad de la potencia eléctrica, y tampoco esta voz se encuentra en el diccionario de la Academia.

Más de medio siglo hace que los periódicos de habla hispana empezaron a usar los barbarismos ca-

blegrama y *cablegrafiar*; casi al mismo tiempo o poco después resonaron voces de protesta contra los bárbaros neologismos que osaron venir a codearse con las voces de ilustre abolengo, *telégrafo*, *telegrafiar*, *telegrama*; pero ni el tiempo ni los preceptistas defensores de la pureza y corrección de nuestra lengua han podido nada contra el capricho del uso general. El mensaje que se envía por telégrafo, aunque este telégrafo se valga de un alambre muy delgado o de uno muy grueso, y se tienda por el aire o por debajo del agua, y enlace dos ciudades o dos países o dos continentes, será siempre un *telegrama*, voz que, como todo el mundo sabe, viene de los términos griegos *teles* (lejos) y *gramma* (escrito). De modo que lo mismo puede enviarse un telegrama de Nueva York a Boston que de Madrid a Washington, y siempre se denominará *telegrama*. ¿Con qué sindéresis podríamos substituir el elemento *tele*, *lejos*, con *cable*? Mucho nos complace ver que la Real Academia ha rechazado hasta ahora el *cablegrama* y el *cablegrafiar* del uso bárbaro, pero dudamos que pueda mantener por más largo tiempo su protesta, porque ya estos barbarismos se atreven a mostrarse descaradamente en libros y folletos.

Algunos filólogos aconsejaron el uso de la voz *kalograma* o *calograma* en substitución del barbarismo *cablegrama*, y no recordamos en qué razones apoyaron su proposición. Nos parece que en nuestra lengua no existe raíz *calo* que signifique *lejos*, como *tele*. El elemento griego *kalos* significa *bello*, *hermoso*, y de ahí las voces *calografía*, *caligrafía*, «arte de escribir con letra correctamente formada,» como lo reza el diccionario de la Real Academia. De modo que *calograma* vendría a ser escritura esmerada o hermosa, lo que nada tiene que ver con el telégrafo.

A propósito de la raíz *calo*, conviene recordar que varios literatos españoles han usado la voz *calotecnia*, de *kalos*, bello, y *tecné*, instrucción; que don Manuel de la Revilla propuso desde hace medio siglo la palabra *calología*, que significa *tratado de la belleza*, en substitución del barbarismo *estética* que había sido introducido en nuestra lengua por los traductores de Baumgarten, que lo inventó, y de los otros filósofos alemanes, escoceses, franceses e italianos que después lo prohijaron. Poderosas eran las razones que aconsejaban la adopción de los neologismos sabios *calología* y *caloctenia* y la expulsión del barbarismo *estética*, al cual se le atribuía muy remota y rebuscada relación con el tratado o enseñanza de la belleza, pero el uso general se impuso obstinadamente, hasta el punto de que las voces *calología* y *caloctenia* quedaron excluidas del diccionario de la Real Academia, o no lograron nunca entrar en él, en tanto que *estética* anda por todos los diccionarios, en todas las bibliotecas, en las aulas universitarias de todo el mundo y en la conversación diaria de todos los pueblos. Aquí sí podemos decir con sobrada razón que los barbarismos tienen sus hados; y ojalá resulte muy adverso el de *cablegrama* y *cablegrafiar*.

También de Alemania vino recientemente la palabra *semántica*, y algunos escritores de habla hispana se apresuraron a repetirla, no porque la juzguen necesaria ni superior a nuestras voces *lexicología* y *lexicografía*, sino porque con su uso se dan el gustazo de distinguirse de los que preferimos hablar como Dios manda.

Hay muchos otros barbarismos semejantes a éstos y también de otras especies, que a pesar de haber sido largamente combatidos por muchos maestros, así españoles como hispanoamericanos, llevan camino de preva-

lecer y perdurar en nuestra lengua, con mengua de otras tantas voces castizas que desde luego quedan postergadas o desfiguradas. *Carátula* denota *careta*, *máscara*, *mascarilla*, y también *ejercicio de los farsantes*; pero el uso se ha empeñado en darle significados muy diversos. En Méjico llaman *carátula* la esfera del reloj, lo que en otros países hispanos se llama *muestra*, y en todo el mundo de habla española se entiende por *carátula* el frontis, el frontispicio o la portada de libros, folletos y revistas periódicas. Este barbarismo se mantuvo durante algún tiempo en los términos del vulgo menos letrado; ascendió luégo aun a los mejores representantes de la prensa diaria, y por último ha ido a corromper las obras de muy apreciables escritores que seguramente no han leído la lección irónica con que don Rufino Cuervo lo combate. El célebre maestro dice: «...¿y en cuántos libros no es la *portada* una *máscara* con que se engaña al público prometiéndole cosas que jamás se cumplen en el cuerpo de la obra?»

La Real Academia Española y con ella todos los preceptistas españoles e hispanoamericanos han venido desde hace muchos años combatiendo el uso de los vocablos *confección*, *confeccionar* en cuanto no se refieren a preparaciones y operaciones farmacéuticas. *Confección* es medicamento compuesto de varias substancias, y *confeccionar* es preparar según arte esos medicamentos. Pero el uso general llegó hasta *confeccionar leyes*, y los modistas más celebrados no hacen más que *confecciones*. Los modistas, especialmente se han apropiado el verbo y el sustantivo en cuestión, y el mundo femenino ha refrendado los títulos de propiedad. Pero sucede que la Academia misma dio margen al uso bárbaro de esas voces por la forma en que lo combatió. Dijo en su gramática que es barbarismo

«*confeccionar* por componer, hacer, etc., no tratándose de compuestos farmacéuticos o cuando más de alguna otra operación manual»; con lo cual hasta las criadas quedaron autorizadas para decir que confeccionan el suelo cuando lo friegan. Y el diccionario de la misma Academia en su última edición dice:

«*Confección*. (Del lat. *confectio*, -*onis*) f. Acción y efecto de confeccionar....»

«*Confeccionar*. (De *confección*) a. Hacer, preparar, componer, acabar, tratándose de obras materiales.»

Son ésas las primeras acepciones de los dichos vocablos, y tales definiciones vienen no sólo a justificar a los modistas, sino a autorizar aun a los albañiles para decir que confeccionan casas, puentes, calles y calzadas.

El barbarismo *connotado* por notable, se arraiga más cada día en la prensa diaria, pero afortunadamente no ha osado remontarse a los libros dignos de mención. Lo mismo podemos decir de los términos *apercibido* y *desapercibido*. Las cosas que para los escritores a machote *pasan desapercibidas*, para el escritor correcto *pasan inadvertidas*. Ya se ha dicho y repetido en mil formas que *apercibir* es preparar, prevenir, y y de aquí que *pasar desapercibido* vendría a ser *pasar desprevenido*, contra la intención de los que usan esa frase, y de ahí también que digamos correctamente que llegó el vapor cuando nos hallábamos *desapercibidos* para aprovecharlo; que las tropas perdieron sus posiciones porque se hallaban *desapercibidas* cuando llegó el enemigo. En lugar de *no me apercibí de lo que dijeron*, lo correcto es *no percibí lo que dijeron*, o mejor, *no me di cuenta de lo que dijeron*.

Los mismos escritores a la bartola gustan de llamarse *publicistas*, sin fijarse en que ese dictado no cuadra sino al que escribe sobre derecho público, al comenta-

rista de los códigos, y por extensión modernísima al consumado polígrafo. Y son los mismos que viven dando a *connotado* (parentesco), la significación antojadiza de *notable*: *el connotado escritor, el connotado poeta*. . .

De la misma ralea es el barbarismo galicado *condolencia* por pésame.

Entre las novedades del modernismo se cuenta el uso de *causi* por *casi*. *Causi* fue antiguamente adverbio de cantidad que significó lo mismo que *casi*, pero se comprueba por una atenta observación del mejor uso, dejó su lugar a *casi* y cambió de significación. Antes con *causi*, como con *casi*, se rebajaba el valor de toda una oración, por su carácter de adverbio, mientras que hoy este carácter corresponde a *casi* por haber tomado *causi* el valor de partícula compositiva que modificaba la significación de una palabra. Con *causi* modificamos hoy los sustantivos *delito*, *contrato*, y decimos *cuasidelito*, *cuasicontrato*; modificamos también el adjetivo *reflejo* y decimos *cuasirreflejo* o *cuasi-reflejo*, y siempre que empleemos esa partícula en modificar el valor de una palabra y no el de una oración, la usaremos conforme al uso docto de hoy. Y a propósito, el diccionario de la Real Academia no trae el sustantivo *cuasidelito*, y a la partícula *causi* da el valor de *casi*, como ahora siglos.

Asimismo confunden *civismo* con *civilismo*, y viceversa, muchos escritores hispanoamericanos que toman plausible interés en la difusión de los conocimientos que no han de faltar al verdadero ciudadano. Esta nobilísima labor tiene por ideal la realización del *civismo*, o sea la práctica general de las virtudes ciudadanas. *Civismo* es también, como lo dice la Academia, «celo por los intereses e instituciones de la patria,» y aquí equivale a patriotismo. *Civilista* es el que profesa el

derecho civil; y los periodistas que abogan por el *civilismo*, expresan sin quererlo la idea de que todos los ciudadanos han de convertirse en profesores de derecho. El diccionario de la Real Academia tiene las voces *cívico*, *ca*, *civismo* y *civilista*, pero carece de *civilismo*.

En Colombia, Ecuador, Venezuela y probablemente en otros países hispanoamericanos, corre de boca en boca el nombre *carriel*, barbarismo desde hace muchos años censurado por diversos maestros, y conviene insistir en que se le substituya con la voz castiza *guarniel*. Señoras, señoritas y caballeros de la América española suelen llevar en sus viajes un guarniel suspenso al hombro por medio de una correa, de una cinta o de una cadena, y estos guarnieles se hacen de diferentes materias y se adornan algunos hasta con verdadero primor. Pero la definición que hallamos en el diccionario de la Academia no conviene sino al guarniel primitivo y rústico. Dice:

«*Guarniel*. Bolsa de cuero que traen los arrieros sujeta al cinto, con separaciones para llevar papeles, dinero, etc.»

P. FORTUOL HURTADO

(De la *Revista Internacional de Dun*).